



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14137

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10'00.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24**

**CONDICIONES**  
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Bouquemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

MARTES 12 DE ENERO DE 1900

## Policía Sanitaria

### Subsistencias

Hace muy pocos días, un periódico local, se lamentaba de que en Cartagena se expendan artículos de primera necesidad adulterados con sustancias nocivas, que pueden producir graves perturbaciones en la salud de los consumidores.

Nosotros, que sentimos el orgullo de haber sido los iniciadores de la campaña sanitaria, que siguen actualmente nuestras autoridades para perseguir á los que al público desfraudan con artículos adulterados, nos hemos sorprendido con las manifestaciones del colega, pues á nuestro entender se persigue hoy este delito con la misma energía é interés entusiasmado que cuando se comenzó la referida campaña.

Sin embargo, comprendemos y lamentamos también, que ciertos comerciantes más atentos á su propio lucro que á la salud é interés del vecindario, ocultan cuidadosamente ciertos artículos adulterados por la acción del tiempo, exponiéndolos de una manera clandestina y espaldas de las autoridades sanitarias encargadas de perseguirlos.

Para que esto se evite—y debe evitarse es necesario que el público no se conforme con arrojar con indignación la mercancía alterada ó adulterada, no, tiene el deber de presentarla á esas mismas autoridades, expresando, al propio tiempo el establecimiento adonde fue adquirida, para que todo el peso de la ley caiga sobre los que de forma tan punible y escandalosa juegan con la salud de todo el vecindario.

También es conveniente, que esa benéfica campaña, se haga extensiva á los barrios extramuros, pues nos consta de una manera positiva, que en ellos se consumen artículos en malas condiciones y al mismo tiempo merendados escandalosamente en su peso legal.

Esperamos que estas indicaciones nuestras serán cumplidamente atendidas.

## Sobre la reconstrucción de la Escuadra

No cabe desconocer que la misma lentitud en decidirse el concurso para la adjudicación de la Escuadra, efecto del minucioso y atento examen de las proposiciones y del estudio profundo á que se han consagrado los Centros oficiales que tienen que informar ó resolver en tan trascendental asunto por sensible que sea para el justificado deseo de la opinión de entrar de una vez en el camino de las realidades prácticas de nuestra reorganización naval, determina en general un efecto favorable de confianza, supuesto que es indudioso el hecho de que en tan magna cuestión se procede con el indispensable pulso y sin prejuicios de ningún género, con el deseo del acierto.

Claro es, que en cualquier otro país donde la construcción naval está en gran desarrollo, estos problemas y estudios previos de las condiciones y de las proposiciones, no exigirían tanto tiempo; pero es preciso vivir de realidades y no de ficción, y comprender que en España, y por las condiciones mismas en que se va al concurso, hay necesidad de verlo to-

do muy despacio, á fin de que el resultado final no acuse después imprevisiones ú olvidos que serían inevitables.

De todos modos, y prescindiendo de la inmensa é impróba labor que suponen los intrincados estudios, lo importante y lo que satisface á la opinión, es que estas cuestiones de la reconstrucción de la Escuadra, no se tomen tan de ligero como otras cuestiones de interés general, y que se consagra á ella mucha atención, que es garantía cierta de que por fin se emprende seriamente el propósito de dotar á España de los elementos precisos para su defensa en los mares.

Han transcurrido muchos años desde la evolución experimentada por el antiguo material flotante de guerra, espacio de tiempo perdido por completo para España, y durante el cual la construcción naval ha hecho progresos extraordinarios. Ciertamente que en el extranjero se hacen acorazados de 18.000 y 20.000 toneladas, porque para ello está en condiciones y aptitud adecuada; pero no lo es menos que España, al adoptar los de 15.000 toneladas que detalla el plan de Escuadra, ha de construirlos con todas las garantías y adelantos indispensables.

El «Pelayo» y el «Carlos V» que son los mayores buques de combate de que hoy disponemos, no llegan á las 10.000 toneladas y no constituyen verdaderos acorazados modernos tal y como hoy están organizadas esta clase de unidades navales. Ahora se trata de dotar á nuestra Escuadra, para sus bases navales, de tres acorazados de 15.000 toneladas y es preciso comprender que, si en Inglaterra, en Alemania ó en los Estados Unidos eso no implica grandes dificultades ni tropiezos de construcción y de organización, en España donde todo está por hacer en materia de industria de construcción naval han de tropezarse con muchos inconvenientes que en lo posible deben señalarse de antemano.

Más vale que ahora en los comienzos, se tarde un poco más con tal de que después los pasos sean seguros y firmes, pues no hay duda de que vencidas las primeras dificultades en los estudios previos, la construcción seguirá sus naturales desenvolvimientos y los barcos, sea la entidad que fuere la entidad designada al construirse en España resultarán tal y como corresponde que sean para llenar los fines de la constitución de la futura Escuadra.

NOTAS ALEGRES

## El microbio malo

El microbio malo se les ha entrado por las fauces á los espectáculos públicos, de todas clases y colores, que con la reventa de billetes habían encontrado la manera, no de duplicar sino de centuplicar sus ingresos.

Prohibida la reventa de billetes, los espectáculos públicos dejarán de constituir un ataque constante al bolsillo del espectador, y un enemigo encubierto de la cultura nacional, pues solamente halagando intintos no muy laudables es como podía sostenerse el monopolio de los revendedores.

Los trusts, que han estado en gran predicamento durante algunas temporadas no concluyen de arraigar en España. Véase lo que ocurre con la cuestión de los Miuras en la fiesta taurina, y se comprenderá á qué bajo nivel han descendido los explotadores de ese arte que en otro tiempo estaba á una incomensurable altura. Ciertamente que mucha gente, millares

de familias viven de los espectáculos públicos; pero ¿cómo viven? Malamente, explotados por la avaricia sordida de los empresarios que estrujan, materialmente hablando, á los artistas, á los autores y á cuantos suministran lo que pudiera muy bien llamarse la materia prima.

Los revendedores siempre han sido incompatibles con el público, á quien han tratado siempre con la punta del pie. Son unos intermediarios entre la empresa y el público que hablan echado sobre sus hombros la poco airosa tarea de servir de sayones y de verdugos de los explotadores teatrales.

Pocas industrias había tan cómodas como la de reventa de billetes. Sin esfuerzo, sin trabajo, sin quemarse las cejas, el revendedor de billetes, por su cuenta ó la ajena realizaba pingües ganancias. Era preciso barrer esa polilla, y se ha barrido.

Alguna vez se había de dar en el c'avo, ya que, por desgracia, eran ó han sido tantas las que se ha dado en la herradura. Otra buena iniciativa sería la de poner coto al monopolio de la taquilla, pues la teatral no es industria libre, supuesto que en ella va envuelta la cultura nacional, que no puede ni debe abandonarse en manos de explotadores sin aprensión.

Hay muchas obras que constituyen una ofensa, no sólo á la moral pública, sino también al buen gusto, y que no deberían autorizarse. ¿Por qué se ponen? Porque no hay el celo debido en quienes tienen la responsabilidad de estos hechos.

Pues lo mismo que se ha hecho con la reventa de billetes pudiera y debiera hacerse con la libertad omnívota de los empresarios para confeccionar el cartel. Las empresas suelen fiarse la manta á la cabeza y admitir obras que no tienen más fin que hacer las malas pasiones, y en cambio rechazan obras buenas en donde la sicalipsis no se emplea para sustituir al verdadero ingenio.

Filosofías aparte, es lo cierto que el microbio malo se ha apoderado de los espectáculos públicos, y no dará con éstos en tierra, si no con sus explotadores, á quienes parece que ahora les viene la contraria. Alguna vez había de ganar el público.

Los revendedores, como los follo-

nes malandriques perseguidos por el Caballero de la Triste Figura, yaceu en tierra, con la punta de la espada de su vencedor encima de los ojos, rendidos, aniquilados; cómo Luzbel bajo el poder del Arcángel.  
Ya era tiempo.

ABEL IMART

(ENTRE PARENTESIS)

## LA MÚSICA

No me propongo hacer un estudio crítico de la música; porque mis aptitudes no son para tanto: sólo se moverá mi pluma á impulsos de la inspiración que exalta á mi mente y de la emoción que conturba á mi alma cuando escucho los ecos, la dulce armonía que constituyen el conjunto bello, sublime, del divino arte.

Yo admiro la música bajo tres aspectos diferentes y cada uno de ellos, es en su género lo suficientemente capaz de conmover al hombre, ya causándole una alegría, ya iluminándole con los destellos de una intuición poderosa de lo desconocido, ó bien infundiéndole los sentimientos del compositor, cuyas creaciones son notas nacidas del corazón.

Cuando oigo la música manifestándose en su primer aspecto, ó sea, alegre y retozona, llevando en sus ecos las vibraciones de los cantares populares, algo del alma nacional que palpita en los himnos y bailes de cada región; cuando las partituras del «género chico» nos dan á conocer en cada página y en cada pentagrama, nuevas composiciones reposando cadencias, que el oído del vulgo recoge haciéndolas populares, llegando hasta el repertorio de los pianos de manubrio; cuando en las típicas «juergas» españolas oigo el rasgueo de una guitarra bajo las hábiles manos de un tocador que arranca á las temblorosas cuerdas sonoras «dasetas»; cuando saturado en fin, mis oídos con la música popular, me digo: la humanidad, tiene necesidad de algo que la comueve, de algo que la aparte siquiera por un momento de las continuas miserias de la vida, y ese algo que produce tal fenómeno, no puede ser otra cosa que la música; por eso, vemos á un malhumorado que al entonarle un cantar

deja asomar á sus labios la expresión de una sonrisa nacida al estremecimiento de alegría; á un patriota que oyendo su himno nacional, enardecece, no importándole sucumbir si es arrollado por los sonidos que desde la niñez entusiasmaron su corazón; vemos á la juventud que al escuchar los acordes de un vals ó de una polka no puede reprimir las convulsiones que se apoderan de su organismo; á las multitudes preferir el teatro por horas, porque después de las fatigas y el trabajo no quieren entristecerse con las melancolías de los dramas en verso, y si experimentar aquello que conmueve sus almas con agradable sensación. Pero aún hay más: no es esa la misión única de la música. Yo he sentido su impresión más honda.

En esos solemnes actos en que la religión católica representa con el Santo Sacrificio de la misa el drama memorable del Calvario, en esos momentos en que las oraciones de la fé, se elevan hasta el trono de Dios envueltas por nubes de incienso, les acompañan también las notas armoniosas, penetrantes, del órgano; y llega lo más solemne y culminante del Sacrificio, el instante en que el sacerdote eleva sobre su cabeza la Hostia Santa, y entonces el órgano cesa en sus acordes fuertes y se deja oír más piano, con la ejecución de un motete.

Momento solemne; la campanilla que maneja el acólito, los golpes de pecho de los fieles y los dulces ecos de la música, se confunden, se unan, y forman un murmullo respetuoso en medio del silencio sepulcral que todos guardan.

La música religiosa, no sólo por la sensación que causa, sino también por lo que eleva nuestro pensamiento encierra una filosofía grande, pura, verdadera, tiene en sí la propulsión á hacernos creer con más amor, porque no pudiéndonos explicar el por qué los sonidos nos hacen pensar y sentir sujetos á la clase de música que ellos representan, unidos á la religión, adheridos á la fe, nos unen á Dios, reconociéndole como autor de tan grandes misterios y bellezas tantas. Y entonces me digo: he aquí cómo la humanidad necesita también la música para afirmar sus creencias.

Y fijo mi atención en el número interminable de obras que forman el

LA REINA TOPACIO 44

vender mis propias joyas antes que ver á Colón llevar á otro rey y á otra nación un proyecto que si sale bien hará del reino que haya protegido á Colón el reino más poderoso del mundo.

Fernando dejó oír un murmullo que no era ni aprobador ni desaprobador. La marquesa de Moya dió un grito de admiración. D. Íñigo dobló una rutilante delante de la reina.

—¿Qué hacéis D. Íñigo dobló Isabel sonriendo.

—Adoro á mi soberana como merece ser adorada dijo el joven y espeto que dé la orden de partir para detener á Cristóbal Colón en su camino y volver á traer á Santa Fe.

Isabel dirigió una mirada de súplica al rey de Aragón.

Pero el frío y habil político no era hombre de dejarse llevar de una manera irreflexiva de todos esos movimientos de entusiasmo propios de los jóvenes y las mujeres y que según él, debían constantemente estar contenidos á respetuosa distancia del espíritu de los ministros y del corazón de los reyes.

—Decid á ese joven que levante señora dijo y venid á hablar conmigo de este importante negocio.

Isabel se fué con el rey; se apoyó en su brazo y sin salir del oratorio los dos se retiraron al quieto

Biblioteca del EL ECO DE CARTAGENA 41

adivinado quien la empuja sólo manifestó un gran respeto, inclinándose delante del rey lo mismo que había hecho delante de la reina. Para probarle duda el desahogo que tenía de estar cubierto delante del rey de Aragón se puso su sobrero. Después se le quitó de nuevo volviéndose al lado de Isabel de la cual aguardaba la despedida como de su única soberana.

Este es estremeció de gozo al ver al arde con que Fernando ordinariamente tan tranquilo acogía la noticia humillante para la España de su que Colón había ido á pedir protección á otro soberano.

Y como D. Íñigo no respondía á la interrogación del rey Fernando:

—¿Oyes lo que te pregunta el rey de Aragón? dijo la reina al joven; te pregunta si es verdad que el genoves ha partido para Francia tal vez para ofrecer sus servicios al Rey Carlos VIII.

—Esta mañana ha dejado á Cristóbal Colón en floza; seguía el camino de la costa con la esperanza de encontrar donde embarcarse para Alicante Valencia ó Barcelona.

—¿Y entonces? dijo D. Fernando.

—Entonces señor, replicó D. Íñigo he venido á pedir á la reina permiso para seguir este gran hombre embarcarme con él y correr su fortuna buena ó mala.